



Luis Coloma

La batalla de los Cueros
(Episodio histórico)

Al Excmo. sr. d. Xavier López de Carrizosa y de Giles,
Marqués de Casa-Pavón

Querido Xavier: Estas páginas encierran un jirón de la gloria de tus abuelos, arrancado por mí al polvo de los siglos. Quince años hace que me ayudaste a encontrarlas en el rincón de un archivo: por eso al publicarlas de nuevo pongo al frente tu nombre, como un testimonio de nuestra antigua amistad que durará siempre, y un recuerdo de nuestra primera juventud que no volverá nunca.

LUIS COLOMA, S. J.

Orduña, 7 de febrero de 1886.

I

Sanctiago fú Freyría
Faciendo gran mortandad,
El alférece aquel día
Mostrando muy gran
bondad,
El Pendón iba alçando
E con plazer lo blandiendo,
E los Freires le guardando
En los moros bien feriendo.
(Crónica rimada de Alfonso XI)

En aquellos tiempos de grandes virtudes y grandes vicios, pero que tan rara vez, conocieron ruindades ni mezquinas pasiones; cuando el Rey Sabio acorralaba la morisma y aún no lloraba sus querellas, aparece en la historia el Jerez cristiano y caballero, como el terrible vigía de la frontera, ceñido de murallas, coronado de laureles sangrientos, enarbolando una cruz, y cobijándola con un pendón, sobre el que los siglos y la sangre han escrito una epopeya.

El tiempo cubrió con su polvo de majestad aquellas glorias, y el olvido y la indiferencia las enterraron luego, sin que un epitafio las eternice, ni un poeta las cante, ni un historiador diga a los que tras nosotros vienen, que antes que rico y poderoso, fue Jerez noble, leal y heroico.

Los años pidieron auxilio al hombre para arrancar al adalid cristiano su cinturón de almenas, y el héroe inclinó impotente la cabeza, trocó la lanza por la rueca, por coronas de vid las de laurel de sus hijos, y rojo de vergüenza vio que roía su pendón la polilla, y cubrían sus blasones ingratos sacos de oro.

Los hombres de hoy olvidaron a los héroes de otros tiempos, y aquella tierra ingrata que enseña al viajero bodegas, no puede mostrarle la tumba de Diego Herrera, ni la estatua de Garci-Gómez Carrillo.

¡Con cuánta más razón que Escipión a Roma, pudieron decir a esta madre olvidadiza sus hijos de antaño! -¡Ingrata patria, no tendrás tú mis huesos!

II

Había en otros tiempos pegada a la puerta del Marmolejo, que se llamó luego del Real, una pequeña capilla que se amparaba a los muros, como la fe se ampara a la fortaleza.

Venerábase en ella una imagen de la Virgen de la Merced, y era costumbre de los antiguos caballeros, al salir a la batalla, pedir a la Señora su amparo en la lid y su auxilio en la victoria: llamábanla por esto la capilla del Humilladero; que aquellos hombres que con soberbia pisaban la tierra, sólo humildes miraban al cielo.

Hallábase abierta la histórica capilla el 11 de julio de 1325: poblaban sus alrededores confusos grupos de hombres cubiertos de hierro, que formaban acá y allá bosques de picas y lanzas, alzándose amenazadoras: flotaban por donde quiera airones y banderas de varios visos, rodeando un pendón de riquísima tela roja, cuyos anchos pliegues caían a lo largo del asta, como si no pudiese el viento agitar el peso de tanta gloria.

Era el pendón de Jerez, antes que en buena lid arrancase al moro otro, en la batalla del Salado.

Cerrada y oscura vieron venir los Jerezanos la noche de aquel día: nunca ven estrellas ojos que empañan temores, y no los abrigó Jerez más negros, desde que sus caballeros, en carta escrita con sangre de sus venas, pidieron auxilio al Rey Sancho, contra el Emir-al-Moumenín de Marruecos que los sitiaba. -Puesto que sois leones de Castilla, defendeos como tales mientras junto gente para socorremos-. Contestó Sancho el Bravo a aquel mensaje sangriento; y cobrando los de Jerez nuevos bríos con la promesa de su Rey, no hubo un moro que pisase el adarve de sus murallas.

Mas era a la sazón el peligro distinto: los nuestros escasos, cortos los víveres, y no había promesa de rey que alargase las esperanzas, ni auxilio de hombres que mantuviese el valor. La morisma de aquende el mar y de allende había pasado el Guadalete en número de setenta mil, plantado sus reales desde Martelilla hasta el río, y llevado sus algaras hasta las mismas puertas de Jerez el noble.

Convocó en tamaño aprieto el alcaide Simón de los Cameros, a los ricos-homes, fijosdalgos y gentes de pro del pueblo, y ardiendo todos en deseos de venganza, sobrados de bríos y faltos de prudencia, no se avenían a templadas razones, queriendo, ya que no triunfar, morir como buenos.

Mas un gran caballero que llamaban Cosme Damián Dávila, valiente en la pelea y al razonar mesurado, les habló de esta manera: «Es verdad que son nuestras fuerzas cortas para vencer a los enemigos que tenemos a la vista. ¿Pero cuántas veces han triunfado de innumerables las armas cristianas, aunque pocas, patrocinadas de las divinas? Y así mi

dictamen es, que imploremos el socorro de María Santísima de las Mercedes, y salgamos a pelear, ayudándonos de los potros cerriles que tienen los vecinos: los sacaremos en cuerdas al campo, y cuando estemos próximos a los enemigos, ataremos en las colas zarzas y cambrones, y los picaremos a un mismo tiempo: porque con este arbitrio causaremos confusión a los moros, sus escuadrones serán en parte desordenados, y nosotros lograremos la victoria dando entonces sobre ellos».

Trajo a los ánimos nuevas esperanzas el razonamiento de Dávila, porque siempre el deseo deja lugar a la espera; y tanto se inflamó el ardor de los nuestros, que corrieron a las armas nobles y plebeyos, y hasta la gente de Caldefrancos trocó sus franquicias de mercader por la lanza del soldado.

No daba aquel suelo cobardes, ni indiferentes tampoco; que siempre la indiferencia fue cobardía con disfraz de hielo, y en casos de peligro, sueño de corazón villano, que su mala sangre adormece.

Ya la noche ofrecía con sus sombras nuevo auxilio a los nuestros, cuando llegó Simón de los Cameros a la puerta del Marmolejo, seguido de los cuatro alcaldes de las puertas, los caballeros del feudo y demás nobleza jerezana.

Cesaron a su llegada los naturales murmullos de la espera, y al estruendo de las armas sucedió el silencio solemne que precede al trueno, cuando las nubes vomitan centellas. Echaron pie a tierra los de a caballo, y las cimeras orgullosas besaron entonces el polvo, las espadas se inclinaron, las lanzas vinieron a tierra, y aquella valiente nobleza, aún más grande en su humildad cristiana que en su caballeresca arrogancia, dobló la rodilla de hierro ante el altar que sostenía la Imagen de la Patrona y alumbraban dos lámparas de plata: el altar que levantaron para humillarse los héroes de antaño, y derribaron para empinarse algunos pigmeos de hogaño.

Y ¡oh verdad de las promesas de Cristo!... La humildad de los unos los llenó de gloria, y la soberbia de los otros los ha cubierto de ignominia.

Allí dobló la rodilla Diego Pavón, el mozo, cuyos abuelos retaban reyes; allí pidió auxilio al cielo aquel Herrera, que de un bote de lanza mató después en su propio campo al infante Abdo-l-melic, el tuerto; y allí también Fernán Núñez-Dávila, humilló en el polvo los roeles de su escudo, memoria de otras tantas medias lunas ganadas al moro. Allí abatió su arrogancia aquel Alonso Fernández de Valdespino, que alcanzó en el Salado la ilustre banda dorada; y oró de rodillas Garci-Pérez de Burgos, que se llamó Rendón en Tarifa, y besó el suelo Juan Gaitán, que por su madre era Carrillo, y lloró como un niño aquel bravo viejo Gutierre Ruiz de Orbaneja, que no pudiendo soportar con los años el peso de la armadura, entraba en las lides sin ella.

Allí rezó Diego Zurita, inclinó su altivez el hijo de Pérez Ponce de León, fiel de abolengo; fue dulce el fiero Mateo, de los buenos fijuelos, y por no estar allí Lorenzo Villavicencio, no vio a sus pies la Virgen, como otras veces, la mejor lanza que mantuvo lides.

Corrían las horas breves, como son las que acercan el peligro; pero la oración hacía ciertas las esperanzas, acrecentaba el fervor los bríos, y los nuestros se levantaron al fin, más firmes mientras más cristianos, y más arrogantes mientras más caballeros.

Tomó entonces Simón de los Cameros, de manos del alférez mayor, aquel pendón jerezano que ostentaba por timbres la sangre de Fortún de Torres, y haciéndole por tres veces besar el polvo, gritó con voz que ya tenía algo del rugido:

-¡Señora, remédianos!

-¡Señora, remédianos! -repetió aquel puñado de valientes.

Y al salir por la puerta del Marmolejo, cuando ya la noche los envolvía y el peligro los amenazaba, llegó a sus oídos, como una promesa de la Virgen, el eco de ricas-hembras y villanas, que con esa fe que no llora, sino espera, decían a la patrona:

-¡Señora, remédialos!

III

Caminaban, en gran silencio los de Jerez, siguiendo el camino de Vejer, para tomar luego el de Medina y coger al moro por la espalda. Marchaba delante el alcaide, montando un trotero, que por caparazón llevaba una gran piel de tigre, despojo de un jeque moro, cuyas manos pendían anudadas en las cadenas del pretal, con garras de oro; seguíanle en dos alas los de a caballo, guardando en medio los peones que llevaban el recuaje de potros cerriles, que por consejo de Dávila, habían de tomar parte en la batalla.

Hallábanse los moros en su real, allá junto a la laguna de Medina, tan confiados en su valor o desdeñosos del ajeno, que no se dieron cuenta del enemigo que llegaba ya al alcance de sus azagayas.

Pedía la prudencia treguas al valor de los nuestros, y sólo bramando de coraje pudieron mantenerse en sosiego hasta el cuarto del alba, que se aprestaron a la pelea atando a los potros cerriles, no zarzas y cambrones, sino cueros crudos que a prevención llevaban. Mientras tanto, había quedado la ciudad custodiada por algunos hombres de armas, bajo el mando de una ilustre y sabia dueña, que hacía oficios de Alcaidesa. Amparábanse de ella las mujeres y los niños, que la prudente dueña hizo recoger en las casas, por miedo de que sus lloros revelasen al enemigo, si éste se acercaba, el grande desamparo en que se veían.

Atenta siempre a prevenir cualquiera sorpresa que pusiera a la ciudad en grave riesgo, habíase retirado la noble señora a el Alcazarejo que como a las demás puertas, encerraba y defendía la de las Cruces, que hoy se llama de Sevilla. Mas no fue largo su reposo: tres horas había de la salida de los nuestros, cuando los hombres de armas, que por acercarse más a la pelea no desamparaban el adarve, sintieron gran número de gentes de guerra, que llegaban a la barbacana refuerzo del muro.

Diose aviso a la Alcaidesa, que en vano quiso ocultar el suceso hasta tener certeza de ello: corren las malas nuevas más que el viento que las trae, y cundió la alarma por el pueblo aumentada por la incertidumbre. Aterrada aquella grey, pedía a grandes voces entregar de grado al enemigo, lo que por fuerza había de tomarse.

Mas la heroica dama les habla y los domina: hace pasar a todos su alma de hierro; y el peligro, el temor, la muerte, las pasiones débiles desaparecen, y el grito de la patria, más fuerte y más imponente que el áspero crujir de las fieras cimitarras, extiende sobre Jerez por un momento la sombra gigantesca de Numancia y de Sagunto.

Subió entonces aquella mujer esforzada el adarve de la muralla, sola con dos donceles que la alumbraban: la noche estaba oscura, y densos nubarrones negros velaban a intervalos el cuarto menguante de la luna. Veíase a su reflejo extenderse a lo largo de la barbacana, un macizo grupo de hombres de guerra, cuyas armas brillaban y chocaban amenazadoras, como advierte la tempestad con un relámpago y avisa con un trueno.

Mas sin miedo en el ánimo, ni temblor en el acento, gritó la noble Jerezana sin guardarse tras las almenas.

-¡Ah de los homes buenos!...

-¡Córdoba por Jerez! -sonó una voz hidalga al pie del muro.

Y al mismo tiempo tremolaba al viento un pendón, que alzándose sobre las estriberas desplegaba un caballero.

Eran las gentes de Córdoba, que sin ser llamadas, venían en auxilio de sus hermanos en Dios, en Patria y en Rey.

IV

Tornose el sobresalto en regocijo, y en certeza de victoria los temores de muerte.

Abriéronse las puertas con gritos de contento, y la Alcaldesa misma bajó a recibir a aquellos salvadores que a su leal ciudad mandaba la Patrona.

Apeose el buen hidalgo Córdoba que los capitaneaba, por hacer honor a la Alcaldesa; que la antigua galantería tantos respetos guardaba a largas tocas de dueña, como a risueños briales de doncella.

Mas no bien entendieron los valientes cordobeses el propósito de los nuestros, rechazan el descanso que les brindan, y piden un adalid que los guíe, porque no admite la guerra espera: pasan el río al trote del peonaje, y hacen alto en un cerro, desde donde atalayan al moro, esperando den señal de la pelea los nuestros que del lado de allá se hallaban. De repente rompe el traidor silencio una tremenda algazara de trompetas y vocerío, atabales y rugidos, y con tal furia y empuje arremeten los nuestros al moro, que por tres cuartos de hora prolonga la polvareda las sombras de la noche: huyen los potros cerriles arrastrando con estrépito los cueros que los azotan y espantan; créceles el asombro con la carrera, y tal pavor infunden en los caballos agarenos, que con su propio espanto descomponen el real.

-¡Santiago! -gritan los nuestros; y al despertar despavorido el moro, no acierta a proferir su antiguo grito de guerra.

Trábase al fin la lucha con tal ventaja del cristiano, que ya muerden el polvo siete sarracenos, sin que Dávila saque la lanza de la cuja. Más lejos se revuelve Herrera como bueno; da un tajo y se abre camino, y por un quijote que le arrancan, arranca al moro tres banderas y mil vidas.

Aterrada la morisma huye hacia Jerez sin tino, y va a dar en las lanzas cordobesas, que con tal furia la reciben, que no parece causa ajena, sino propia la que mueve sus bríos. Cejan luego hacia Margarigut el antiguo, aldea entonces de Pedro Gallegos, propia de Valdespino; mas allí los siguen cordobeses y jerezanos, que aun no se conocen, pero que con rabia igual los alancean.

Allí cayó, roto el pecho y la jacerina, el hijo de Juan Gaitán, que aun el bozo no le apunta: diole el polvo de la batalla mortaja de caballero, y no faltó quien guardase a su madre la Sarmiento, la lanza rota del mancebo; y a su dama Inés Zurita, unas tranzaderas verdes que hizo la sangre rojas.

Crece el furor mientras más cerca halla la victoria, y tanta sangre corre en aquellos sitios, que borra para siempre su antiguo nombre, grabando en su vez el terrible de Matanza. Vencida, pero astuta siempre la morisma, huye a guarecerse en unos arroyos secos: mas allí la alcanza la rabia del cristiano, y corre aún bastante sangre para dar corriente al cauce vacío, y a aquella tierra, ebria de sangre mora, el nombre de Matanzuela.

La noche corre aterrada a contar a otras naciones las proezas de la nuestra, y cuando el día asoma medroso, encuentra el pendón de Ismael roto, la Cruz en alto, y sembrado el campo de cadáveres, que cubrían, puesta de pie, la lanza más larga que había en el campo: la de aquel buen López de Mendoza, que tuvo luego, en sus armas la gloria del Ave-María.

Y allá más tarde, cuando cordobeses y jerezanos, jurándose hermandad eterna, arrojan a los pies de la Virgen de la Merced, que desde entonces lo fue de los Remedios, un puñado de banderas moras, cubiertas de sangre cristiana como de reliquias, y de sangre agarena como de trofeos, escribe la fama en su libro la batalla de los Cueros, y grita al mundo con sus cien trompetas. Todo lo alcanza el valor si la fe lo mantiene.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

